

**“El Recién nacido” (M.
Montessori), de El niño
en familia**



El Recién nacido, Ma. Montessori, de *El niño en familia*

¿Qué es nuestra civilización? Es una ayuda progresiva para facilitarle al hombre su adaptación a su medio ambiente. Si es así, ¿quién realiza un cambio de ambiente más repentino y más radical que el que realiza el niño que nace?

*Y, sin embargo, ¿qué cuidados ha creado nuestra civilización para ayudar al recién nacido, ese ser que debe someterse a la adaptación más difícil pasando de repente, al nacer, de una existencia a otra? Por lo tanto, debería existir en la historia de la civilización humana una página antes de todas las otras, que debería explicar **qué hace el hombre civilizado para ayudar a quien nace en su adaptación a un ambiente del todo diferente.***

*En cambio, no hay nada: la primera página del libro de la vida aún se debe escribir, ya que nadie ha tratado de descubrir las exigencias de nuevo ser humano. No obstante, la experiencia nos hace conscientes de una terrible verdad: **los males de la primera infancia los traemos con nosotros por el resto de nuestras vidas.** La vida del embrión y las vicisitudes del niño son decisivas (esto es reconocido universalmente) para la salud del adulto y para el porvenir de la raza.*

Entonces, ¿por qué “el nacimiento”, el momento más difícil que el hombre tenga que superar en toda la vida, no es tomado en cuenta? ¿Cómo es que no se piensa que esta es una crisis terrible y difícil no sólo para la madre, sino también para el recién nacido?

El drama del recién nacido se debe a la separación absoluta de la madre, quien hasta ahora había hecho todo por él. Separado de ella y abandonado a sus propias fuerzas débiles, debe de inmediato realizar él solo todas las funciones de la vida.

*Hasta este momento había crecido, poco a poco y con cuidado, ahí, en donde un líquido templado creado para que él pudiera descansar, defendiéndolo de cualquier golpe, de cualquier desequilibrio de temperatura; ahí donde no le había tocado ningún rayo de luz, y los ruidos llegaban atenuados. Es así como, de repente, deja aquel ambiente para vivir en el aire. **El cambio es tan radical, sin un estado de transición sucesivo: él, que antes estaba en reposo, de golpe, se debe sujetar al trabajo extenuante de venir a la luz.***

Su cuerpo es estrujado, casi como si obligaran a un adulto a pasar por un molino, que le cambiara las coyunturas. Nos llega, exhausto por el terrible contraste entre el perfecto reposo y el esfuerzo inenarrable que ha realizado. Es esposado, herido, como un peregrino que nos

llega a de países lejanos. Y ¿qué hacemos para recibirlo, para ayudarlo? Todos se preocupan por la madre.

El doctor le da un vistazo, para asegurarse que está vivo y sano, como si dijera “ahora estás vivo y sano, ¡arréglatelas como puedas!” Los parientes lo contemplan con gran alegría, conmovidos: su

egoísmo es el ápice de la felicidad al recibir este don de Dios: “ha nacido un niño hermoso, ha nacido un hijo”.

El niño satisface y realiza una esperanza feliz: el adulto tiene un hijo y su presencia en la familia reúne a todos en un sentimiento de amor. El padre, tal vez, querrá ver sus ojos y tratará de abrirlos para saber de qué color son esos ojos que un día lo mirarán.

Pero mientras se trata de que la madre esté en penumbra y silencio, porque está cansada...

¿quién piensa en dejar al niño, que también está cansado, en penumbra y silencio para que pueda adaptarse poco a poco al nuevo ambiente? Nadie ve en el niño recién nacido al ser humano que sufre, ni piensa en la extrema sensibilidad de un cuerpecito que nadie ha tocado jamás, a sus reacciones, a las impresiones físicas innumerables, a cada contacto inusual. Se dice: la naturaleza provee. Da la ayuda necesaria, y además, cada ser humano debe superar su propia prueba.

Pero la civilización ha creado en el hombre una segunda naturaleza, que supera y oprime a la primera y le impide desarrollarse libremente, como sucede con otras especies de la creación. Si observamos a los animales, la madre esconde a sus pequeños y los protege de la luz por un determinado tiempo y los cubre con el calor y la suavidad de su cuerpo.

La madre es muy celosa, no permite que los extraños se acerquen, no admite que sus pequeños sean cambiados de lugar, ni siquiera deja que los vean. Para el recién nacido en cambio, ni la naturaleza, ni la civilización se toman la molestia de evitar la dura adaptación del ser más noble y delicado de la Creación.

Se piensa que si el niño ha nacido vivo, sea más que suficiente: la única meta visible es que no pierda la fuerza para seguir existiendo. El recién nacido, contraído por su origen, viene vestido inmediatamente, en algún tiempo era envuelto en vendas y sus frágiles miembros eran forzados a permanecer estirados. Se diría que el niño es robusto, que se adapta y resiste: pero

¿acaso tenemos fuerzas de resistencia, de adaptación? ¿Por qué entonces nos calentamos durante el invierno, tenemos tapetes mullidos y sillones cómodos y tratamos de hacernos la vida lo más agradable posible? ¿Acaso no somos más fuertes que el niño recién nacido? Entonces ¿por qué no vivimos abandonados en un bosque, dado que somos fuertes?

También la muerte, como el nacimiento, es una ley de la naturaleza, a la que todos nos debemos someter. ¿Por qué tratamos a toda costa de aliviar ese momento terrible, por qué, sabiendo que no podemos vencer a la muerte, queremos hacerla lo menos penosa posible, y en cambio, no se piensa en aliviar los sufrimientos del nacimiento? Por lo tanto, existe en nosotros un vacío extraño: algo ciego en nuestro espíritu y en la civilización que hemos construido: algo que es similar a la mancha ciega en el fondo del ojo: la mancha ciega en el fondo de la vida. Se deberá llegar a la plena comprensión de la STASI (STASI término médico que define la disminución de la velocidad de la

sangre “stasi linfática”) del recién nacido y aparecerá entonces la necesidad absoluta de facilitar el inicio de la nueva vida infantil.

*El niño que nace deberá convertirse en el objeto de sabios cuidados. **Tomar al niño recién nacido es algo muy delicado: no se le puede mover si no es con extremada lentitud.** Se entenderá que en el primer momento, en el primer mes, al niño se le debe dejar tranquilo.*

En la historia, de hecho, en la vestimenta de los recién nacidos se encuentra una gradual disminución de piezas hasta el día de hoy, en el que se ha reducido a poquísimo: se entenderá que el niño debe permanecer desnudo, calentado por la temperatura del ambiente; es más, que la indumentaria no le ayuda mucho pues no tiene --.

Ahora no quiero insistir en este argumento porque estoy segura de que cada mujer podría decirme que ignora los cuidados prestados al niño en su respectivo país; pero podría responder que conozco tales culturas, las he estudiado en diferentes países, observándolas apasionadamente, y he encontrado que falta, y lo repito, falta la conciencia necesaria para recibir dignamente al hombre que nace. Es verdad que se hace todo lo que se puede, pero qué es el progreso si no ver lo que antes no se veía y hacer lo que antes no se hacía, agregando nuevas cosas a lo que parecía completo y perfecto.

El niño no es comprendido dignamente en ningún lugar. El temor de que el niño cree daños o sea fastidioso lo mostramos desde el primer momento: tenemos como un instinto de defensa contra él, un instinto de defensa celosa y de avaricia por las cosas que poseemos, aún si no tienen ningún valor. Desde ese momento se vive en esa forma; siempre el ánimo del adulto reafirma este hecho: cuidar que el niño no arruine, no ensucie y no moleste, no impida el desarrollo tranquilo de nuestra vida cotidiana.

Cuando se tiene a un niño en casa, es necesario no sólo correr a salvar todas las cosas y huir para no ser molestados; es necesario combatir los dichos caprichos, para que no sea víctima de ellos y se convierta en una persona bien educada. He aquí que aparece el primer deber moral. Pero al realizarlo, cometemos profundos errores de incomprensión y entendemos como caprichosas algunas actitudes del niño, que en absoluto lo son.

*Existe, por ejemplo, un instinto que comienza a relevarse en el primer año de vida y que llega a su manifestación máxima a los dos años: para construir su propia mente, **el niño necesita ver las cosas siempre en el mismo lugar y ver que sean usadas sólo para lo que fueron destinadas.** Si esto no se lleva a cabo, y alguien perturba el orden o la destinación de los objetos, él pequeño se siente ofendido y herido, se crea en él un obstáculo y entonces se defiende, defendiendo las cosas, haciéndolas permanecer, en la medida de lo posible en el mismo modo, como debiera ser. Es una verdadera necesidad de vida, lo vemos en nuestras escuelas, donde los niños pequeñísimos tienen el instinto de poner todas las cosas en su lugar y de encontrar las cosas como las habían visto.*



Demos algunos ejemplos. Un niño ve un poco de arena en el piso y la está observando; la madre se da cuenta de la arena regada y la limpia. El niño llora desesperadamente y la madre no lo comprende; el niño va por la arena y la pone en el mismo lugar donde la encontró y nuevamente se pone a observarla; entonces la madre entiende la razón del llanto y cree que se trata de un capricho. Otra madre tiene calor, se quita el suéter y se lo cuelga en el brazo; el niño llora y nadie sabe por qué; la madre se vuelve a poner el suéter y el niño se calma: había visto una cosa fuera de lugar y esto lo había turbado. El adulto piensa en corregir al niño de estos defectos: pero quisiera dejar claro que es inútil corregir defectos que no tendrá cuando será adulto, ¡un adulto no se pondrá a llorar si la señora que está con él se quita el suéter! Si no comprendemos el hecho en sí y lo creemos un capricho, debemos comprender por lo menos que el defecto desaparecerá y que, por lo tanto, es inútil preocuparse. Cuando nos dirigimos por este camino, comenzamos a entender muchas cosas y a amar al niño con sus defectitos lindos, que no estarán ya en el adulto malicioso y complicado; diría que deberíamos disfrutarlos y entristecernos al pensar que están destinados a desaparecer.

Otro ejemplo: un niño de dos años, al que una niñera bañaba en la misma bañera, siempre del mismo modo; tuvo que ausentarse y ser sustituida por una colega. Con la nueva niñera, el niño lloraba cada vez que lo llevaba a bañar y no se sabía la razón. Regresó la primera niñera y le preguntó al niño: “¿Por qué llorabas? ¿No era buena la otra mujer?” El niño respondió: “No, porque me bañaba al contrario” En el lugar en el que una ponía la cabeza, la otra ponía los pies. La necesidad de ver las cosas siempre iguales, era parte de su vida y él lo defendía como podía. A esta defensa la llamamos “el capricho” del niño.

Destaco del texto anterior algunos rasgos que trabajaremos en profundidad:

El ambiente le permite al niño conocer el mundo que lo rodea; el recién nacido pasa del ambiente del seno materno a un ambiente exterior que desconoce y al que se tiene que adaptar.

- Las experiencias del niño en sus primeros meses son percepciones que lo acompañarán toda la vida.
- Es necesario manipular al recién nacido con suma delicadeza y lentitud, sin apuro ni movimientos bruscos; esto le da seguridad y confianza.
- El niño pequeño necesita **ORDEN**, que se manifiesta en el espacio, ubicando los objetos siempre en el mismo lugar para que él encuentre puntos de referencia en el ambiente; en el tiempo, el orden se manifiesta a través de las rutinas.

